

ANTONIO PAGÉS LARRAYA

LUGONES*

“Honor difícil de vivir y morir,
difícil honor de ser argentino. Vida
sí, pero sabrosa de dureza, como para
el diente del león; muerte, a fe, pero
gloriosa, y con esto flecha ascendente
en la luz”.

Leopoldo Lugones, Rehallazgo del país.

I

ASI COMO el viento impone su voluntad a las formas de la roca, las leves palabras marcaron a Lugones. Estaba tan necesitado de expresión, como de aire y pan para la vida. A veces nos parece verlo ardiendo en las mismas llamas que él enciende.

Sacudido por las dificultades y frustraciones que acosaron al país durante los años de su existencia, intentó los caminos más diversos para comprenderlo: la revelación poética, el acucioso examen de su índole y sus problemas, la historia de sus hombres y de sus hazañas, todo ello en constante actitud de vigilia. Su intimidad llegó así a fundirse con el cuerpo espiritual de la Argentina. Jamás fue ganado por el ánimo de negación, por el lema secreto de Metistófeles, el elocuente demonio de la desesperanza: “Soy el espíritu que lo niega todo”. Lo animó una gran necesidad de crear, y se esforzó por merecer la vida según la estoica sugestión de *Las horas doradas*:

*Cual no arredra al artístico alfarero
saber que un día ha de romperse el vaso.*

*Dadas la importancia y extensión de este trabajo, será publicado en dos números sucesivos.

Las más profundas de sus tribulaciones surgieron del contraste entre lo real y su anhelo de enriquecer la intimidad del país. Vivió tensamente, arriesgadamente, sujeto al estremecimiento y a la incitación del mundo, de las ideas, de la belleza, del humano dolor. Fue un genio tormentoso, emotivo y recio, con una contención impuesta por su tenacidad de ánimo. Lo asedió el dolor de la patria y su muerte fue holocausto de amor y acaso su último mensaje.

Los trabajos y la influencia de este grande hombre transmitieron siempre una energía renovadora. Logró Lugones, sin otro magisterio que el de la palabra, conmover la conciencia de sus contemporáneos. Está así vivamente ligado a las mutaciones de nuestra nación y de nuestra literatura en un período de madurez y complejidad. Durante cuatro décadas, ante diversas circunstancias históricas, ante nuevas formas de vida social, expresó sus opiniones con franqueza. Uno a uno, nuestros problemas públicos provocaron su análisis, no por deseo de alcanzar notoriedad, ni para halagar a la opinión —“nunca fue mi cortejada”, escribe ya en 1903— sino por lo que juzgaba imperioso deber intelectual. Despertó asentimientos fervorosos, ásperas resistencias, ironías, ataques violentos y polémicas que aún siguen planteadas. Nunca rehuyó su juicio y, esto es más importante, no lo supeditó a su interés. Se lo escuchó con respeto. Tres generaciones se preguntaron: ¿Qué piensa Lugones de esto? ¿Qué dice Lugones de aquello? En cualquier discusión sobre arte, política o ciencia, sus opiniones suscitaban la controversia. Interesó el fondo ideológico de sus definiciones. Su rebeldía literaria y su rebeldía intelectual no podían provocar consensos unánimes. Tampoco los persiguió. Ni su tierra, ni el mundo, ni las palabras, ni los hombres, le dieron reposo. Su vida, más que una claridad, fue una búsqueda de luz.

Describió la Argentina que se le impuso, y trató de infundirle a través del verbo la persistencia y continuidad de algunos rasgos que él orgullosamente identificaba con su linaje y con su propio estilo. El conflicto espiritual más profundo de Lugones surgió del choque entre su desmesurado idealismo, su pasión por henchir de fervor la intimidad del país y la opaca realidad. Enjuició con un tono que llegó a la acritud del censor la decadencia de las magistraturas y el empobrecimiento de las motivaciones sociales. Señaló sin atenuantes el juego de fuerzas que desvirtúan la ubicación del com-

patriota en su tradición y en su contorno humano, hasta tal punto que el argentino se ignora en lo mejor de sí mismo. Al reencuentro con la belleza inmanente en nuestro país responde lo más vivo de su obra literaria. Este escritor, próximo a la inquietud de su tiempo, se entrega a iluminar desde adentro, sensiblemente, hombre y paisaje, carne y alma de su tierra. Hay así un acuerdo entre su obra y los dictados orientadores de su vida.

En una nación cuyas discusiones esenciales, enturbiadas por un lenguaje insincero, carecían de universalidad y de sustento filosófico, su palabra tuvo un poder removedor. Siempre se esperó de él la mayor osadía. Cabe a Lugones la observación de Hilaire Belloc sobre Chesterton: "Caía sobre una idea como un águila, la despedazaba con pico activo, la dividía en sus partes constitutivas y extraía de su interior el corazón". Su prosa incitativa producía el sacudimiento y ayudaba a la claridad, aun a través de la más sólida discrepancia. La Argentina no le concedió tregua ni le ofreció conciliación. Los juicios simplistas sobre su persona y su obra resultan inexorablemente rebatidos por la misma diversidad de Lugones y por su dramática discrepancia con la Argentina transitoria. Cualquier opinión parcializada, cualquier simplificación anecdótica, se estrella contra su terca unidad y permanente discordia. El carácter absoluto de su búsqueda adquiere su dimensión más removedora cuando procura adecuarse a lo contingente. El hombre que estudia nuestra enseñanza, nuestra justicia, nuestra economía, y se afana en penetrar su íntima trabazón, paradójicamente se aparta de una claridad que se le ofrecía tangible, temeraria, por el lado de la libre intuición poética. Sus tablas de valores cambian, pero siempre las anima una avasallante poder de veracidad.

En su semblanza de Sarmiento descubre Lugones, apenas retocado, un autorretrato moral: "Había asumido la responsabilidad del país considerándose un perpetuo representante suyo, con esa fogosidad absorbente de los grandes amores. Por eso se encolerizaba con sus deficiencias y retardos, aplicándole hasta hacerle sangrar la vara desnuda de la verdad". La obstinada fuerza de Lugones proviene de esa "colosal impulsión" que admira en Sarmiento, ese amor varonil que lo hizo tomar como propias las venturas o las desdichas de su tierra. Lo animaba también ese sorprendente dinamismo de su personaje. Así lo imaginamos, caminando a paso macizo más aceras, aquí y allá lanzada la curiosidad del ojo que nada

pierde. Un ritmo total, vigoroso, regía a su inteligencia y a su cuerpo, a su voz y a su ademán. Eduardo Mallea, en su *Adiós a Lugones*, revela hasta qué hondura la palabra marcó la férrea originalidad de ese "toro mental".

Lugones se encara con la historia, la naturaleza, el destino, los mitos, y la próxima realidad, en un diálogo lleno de patetismo. Su interrogación sobre las esencias del país, tan hispánica, adquiere intensidades y tonos diversos, desde el optimismo irrestricto hasta la cruda desesperanza. No se reduce a razonar y a estudiar a la Argentina. La siente en carne viva y juega alma y sangre en lo que dice. Como Sarmiento y Hernández, ventila siempre con ardor los problemas del país. A veces idealiza la realidad y otras exagera sus aspectos negativos, mas nunca la falsea para adoptarla a su criterio. El taumaturgo y el testigo aciertan más que el juez.

Miremos a Lugones más allá de las opciones fáciles, más allá de "por esto" o "por aquello". Su unidad con el país no brota de que el país siguiese sus ideales ni de que en sus páginas cristalice una única Argentina verdadera y aceptable. Esa identificación mana de una causa más recóndita: su ser mismo —carne, palabras, ideas, padecimientos, angustias, expectativas— estaba íntegramente metido en la patria como la savia en los tejidos del árbol. En Lugones se cifró una etapa del destino del país. Su orgullosa conciencia de artista y su desvelado amor de patriota lograron ofrecer un testimonio viviente de esa "grande Argentina" que si no se realizaba en la dimensión histórica que él ambicionó se concretaba en la fuerza de su genio contradictorio. Nadie ha escrito después de Leopoldo Lugones en esta tierra sin deberle algo. El épico cronista de *La guerra gaucha*, el artífice de *Los crepúsculos del jardín*, el historiador de Sarmiento y de Roca, el panegirista de *El Payador*, el rapsoda lunar, el bardo de los romances criollos, el intérprete de Homero, el inquisidor de *Las fuerzas extrañas*, el hombre próximo al dolor del mundo y a los anhelos de su tiempo, lograba esa síntesis, tan argentina, de lo que surge anegado en el espíritu de la tierra y lo que inquieta al hombre como criatura universal.

Todo Lugones está en el fervor encendido de su creación. Su historia es la de su pensamiento, la de sus libros, la de sus actitudes espirituales. Trajo a la poesía ese estremecimiento nuevo, ese aire de hallazgo que se incorpora para siempre a la misma índole de una literatura. Labró por dentro la lengua, le impuso un ajuste

celoso; algunas páginas suyas dan la impresión de que ha desar-
mado el castellano para volverlo a armar a su capricho.

El principio de unidad de su obra emana de una urgencia por rescatar y expresar la índole de lo argentino. Sorprendió el matiz de belleza oculto en las cosas más ínfimas y, a la vez, penetró el sentido de lo vasto. Miró el fluir incesante de lo próximo y arriesgó esas interpretaciones personales de hombres y de épocas —*Historia de Sarmiento, Elogio de Ameghino, Roca*— que cimentan una cultura y, en nuestro caso, llamaron a la responsabilidad a un país que llegó a sentirse huérfano de su pasado. Pero todo esto, con ser mucho, no agota a Lugones. Ser doliente, humano, o imperfecto, buscó dar lo mejor de sí, con máxima exigencia: la palabra más bella y más justa cuando escribía, el ejemplo más diáfano en su conducta. Enfrentó al arte como a una dignidad y a la vida como exigencia constante de decoro. Su ética nunca dejó brecha al relativismo. Leonidas de Vedia espiga en el discurso de Lugones sobre Emilio Zola una símil que, ya en 1902, parece anticipar una definición de su propia virtud: solidez de bronce y pureza de cristal.

Vivió Lugones con hidalguía y dignidad. Prefirió a la riqueza, “un ochavo de luna”. Tuvo la conciencia de su aptitud, la certidumbre de su genio, pero esto no le sugirió un orgullo lamentable y mezquino. Aceptó tales mandatos como un absoluto que lo obligaba a la verdad y a la clarividencia, como un deber y no como una gracia.

Estuvo solo sin ser un solitario ni aislarse rencorosamente. La rápida y ansiosa acumulación de saber no ocultó una huida ni fue una manera de esquivar el cuerpo a las definiciones frente a su realidad: alguna vez llamó a la teoría del arte por el arte “perversa y efectista”. Así tampoco la precisión de sus puntos de vista oscureció la percepción de lo general. Aceptó el riesgo y el dolor de la palabra. No fue sólo un esteta y un perseguidor del peregrino hallazgo verbal; su imaginación, su ironía, su claridad, las prodigó en un magisterio que de modo insustituible llamó su “beligerancia”. Poeta, creador, transfiguró lo transitorio en hallazgo para siempre —*A thring of beauty...*—, y en trance de acción, buscó marcar la realidad con la certidumbre de su voz. No lo arredró ninguna empresa espiritual. Abrazó el oficio de escribir con anhelo de máxima perfección. En un comentario sobre *La bondad en el arte* enuncia una definición que hizo suya en desvelado sondeo interior: “El arte es orden, disciplina, desinterés, sacrificio, virtud en suma”. Ese rigor ético se

identifica con su idea sagrada de la literatura expuesta en una serie de artículos publicados el año 1937 en *La Nación* y que quedan, zumo conceptual, como su arte poética y de vida. Es esa neta conciencia, ese indeclinable rigor el que vuelve a su palabra reveladora de bellezas que no sorprendimos antes, mensajera de un don que antes no llegamos a descubrir.

Vivió y murió con el "solemne orgullo" que vio resplandecer en la frente de Güemes. Por eso miró con generosa lejanía y una indiferencia trascendente a las miserias y a las injusticias que llegaron a rodearlo. La obra de Lugones provocó al país. Celebró sus glorias y enjuició sus fallas. Nunca lo aduló. Le resultaba imposible acallar el disgusto o la reprobación. Acosó al país y se acosó a sí mismo. Por eso su voz se yergue con inaudita crudeza.

Puede discutirse si, como creía Paraménides, el nombre es lo único que los mortales han creado con la confianza de que es verdad, pero ciertamente sólo el descubrirlas de una manera poética inmortaliza a las cosas y enriquece la intuición sensible de todo lo que nos rodea. En virtud de ese poder Lugones ensanchó mágicamente al país.

Sintió la convivencia de la patria. La patria estaba en el temblor de un pájaro, en el matinal repique de las campanas, en el romance de *La yegua bruja*, en el "arroyito que retoza contento" y en la montaña que abre en el hombre ojos mejores para verla; la patria estaba en la *Historia de Sarmiento* y en *El Payador*, en la desmesura heroica del querer saber siempre más y en los recuerdos de las gentes sencillas del pago con corazones "de mejor ley que sus onzas", estaba en el olor de nuestras lluvias "a flor helada y desabrida", en el anhelo de purificación y en la desesperanza y en la fe. La patria estaba en la nube y en el *Lunario*... en el temple viril y en el fervor silencioso, en lo que hería y en lo que exaltaba, y en esa misma desolación amarga del instante último.

Leopoldo Lugones fue el primero de su estirpe en darse a la patria-numen, a la patria-verbo, como otros Lugones se dieron a la guerra o a la predicación. Celebró a su país en la más bella forma de gratitud: cantándolo, y en la más digna forma de servicio: no mintiéndole. Así, el gozo de su homenaje ascendió a sacrificio y cada una de sus palabras alcanzó a descubrir su más íntimo sentido. Sembró en tierra profunda. Al iluminar a la patria, se transmutó a ella.

Y todo lo que amó y cantó en su vida quedó para siempre encendido.

Con esa sabiduría eterna que sensibiliza a los pueblos para entender a quienes vivieron prontos a servirlos, la Argentina verá crecer el nombre de Leopoldo Lugones, nuestro más grande escritor. Será la suya una posteridad tan difícil como la de su existencia, pero estará plena de revelación y de hallazgo, según lo quiso y lo mereció este héroe de la palabra.

Sí: "Todo acaba en tumba en la tierra, menos la palabra hermosa". Muchos años antes de su muerte, al cerrar su páginas sobre Sarmiento escritor, este predestinado había sorprendido el secreto de su propia supervivencia. Cuando el país descubra en su integridad armoniosa el entrañable sentido de Leopoldo Lugones, entonces la "destructora tierra" será la maternal custodia que, conforme a su ruego, lo salvará del olvido. Y ésa será su gloria.

II

Aparece en los cenáculos porteños como un hijo de la ira. Comienza por el desafío y la cólera. Se rebela contra la realidad social y contra las viejas formas literarias. ¡Férvidos años! Va a concluir un siglo y se aproximan tiempos nuevos. Una intensa exaltación juvenil y una voluntad imperiosa de transformación vibra en el aire espiritual del país. Es un momento de impaciencia y de efervescencia y en Buenos Aires—Cosmópolis los poetas revolucionarios sueñan con un verbo distinto y con redimir al hombre de injusticias. Lugones, ese joven cordobés de intimidad huraña, ambiciona también modelar a la poesía y al mundo de un modo más armonioso. Su ardor poético coincide con su pugnaz heterodoxia. Sin embargo... *El sol le dora el pecho. Dios le sonríe.* No juega ni con el arte ni con la vida. Su alma caldea la palabra con devorante ansiedad pero sujeta también con mano firme al potro desbocado. Es un provinciano pobre y solo. Conoce su grandeza y sabe el sacrificio que le debe. Escucha con escondido recogimiento esas secretas voces:

Y el silencio custodia la hoguera donde amasa con bronce y sombra el verbo que templará en la brasa.

Aunque recibe consideraciones y buenas maneras, lo estremece el ardiente vacío. Quiere probar quién es. Su tono y su estilo llega-

rán a reencontrar esa medida y esa civilización contenidas propias de su linaje criollo, pero en lo abismal de su ser se agita un demonio insurgente que nunca le dará tregua. Varón de extraña energía, capaz de intensa actividad, su temperamento lo incita al combate y lo aleja de la armonía. Vive desgarradoramente su ansia de verdad y equilibrio, acometido por lo que Fray Luis de León llamaba el "torbellino traidor". Hondamente enraizado por sus orígenes a la tradición provinciana, sensiblemente unido a la tierra y a las nobles formas patriarcales de vida en Río Seco y Santiago del Estero, trasladado de golpe a la Buenos Aires cosmopolita del 1900, recibirá después influjos diversos y constantes y se probará, atleta de la palabra, en todas las posibilidades de la expresión. Pero estos cambios y fusiones variadas y ricas no alteran el estilo de su genio, más bien se funden en el duro recogimiento de su personalidad, argentinísima y sin cotejo posible.

La rebeldía del adolescente Lugones es la misma rebeldía del hombre que se mata en 1938, nace de la misma profundidad, de la misma plenitud. Cuando escribe *Las montañas del oro* (1897), pareciera que no existen para él vínculos forjados por el tiempo y cuando escribe los *Romances del Río Seco* (1938) la tradición mana por sus coplas y se diría que nos devuelve gracias que creíamos perdidas. Pero bajo todos sus registros expresivos —opulencia verbal, árido discurso o cernida sencillez— y en todas sus actitudes existenciales —vitalismo optimista, decepción oscura— su relación con el país no es cómoda. Esgrime la palabra como un pendón de desafío. En ella afirma su singularidad y con ella se abre paso a viva fuerza. Nunca es Lugones un escritor ni un hombre satisfecho. Su necesidad de afirmación y de coherencia llega a adquirir rasgos de desmesura. El gusto por lo épico, la inmoderación de sus ambiciones literarias, la continuidad de su obra frente a desengaños y fatigas, el vértigo creador en que siempre vivió, ese desasosiego que su dominio sobre el estilo no alcanza a esconder, son los de quien se siente, a pesar de reconocimientos explícitos, aislado en medio de la inercia colectiva para todo lo que tenga el cariz del ensueño. Rige así la obra toda de Lugones una noble ambición: busca encumbrarse para dar fuerza normativa a su palabra y sacudir a una nación amodorrada.

Si examinamos de cerca sus matices espirituales comprobaremos que su certeza constante suele esconder una oculta desorientación. Esa rotundidad busca alejar a los inquietos fantasmas de la duda.

Se sabe sin rango universitario ni estudios regulares, y por eso esgrime orgullosamente su sabiduría de autodidacto. Su curiosidad lo lleva de la filología a las matemáticas, del helenismo a la lingüística, de la física a la historia. Una fina percepción de la medida lo salva siempre de lo fatuo. Su preferencia por los giros audaces, el extremado barroquismo de algunas obras, parecen reflejar muy hondas incertidumbres. Desde los primeros libros muestra la efusión y la osadía del hombre tímido, poseído por la noble ambición de los creadores. Sólo tras el largo camino desde la obstinada quimera hasta la sombra sosegada de su linaje y de su tierra, entrará a acogerse sencillamente a lo que era suyo, a esa fertilidad interior angustiosamente perseguida. Ya sea por el desvelo que impone la lucha por la expresión —Swift decía que los poetas buscan las palabras con el lomo erizado como los gatos—, ya sea por el temple que exige veracidad sin complacencia, el escribir es oficio amargo. Y más en nuestro país, donde cualquier hombre egregio perturba el orden que crea el conformismo. Su obra está sujeta al rigor de una continua exigencia, que se hace aún más difícil cuando, a partir de *La guerra gaucha*, busca el hallazgo poético del país con tremenda voluntad literaria.

Viajó, leyó y estudió ávidamente, quiso descubrir a los libros en su propia lengua; tuvo esa curiosidad abierta de nuestros grandes escritores que nunca los cohibe para la expresión original de lo propio. Su ansia de cultura, su anhelo de abarcar la historia del hombre, su pasión por comprender el sentido del helenismo y del cristianismo, a los que dedicó tantas reflexiones; su persecución constante de la belleza unida a la verdad, su búsqueda de un canon, le abrieron los ojos y el alma para iluminar lo que otros no vieron. Su argentinismo fue un ensanchamiento, nunca limitación cerril. Lugones señaló cómo —al definirse la crisis de nuestra conciencia nacional en torno al Centenario— la iniciativa artística intentó el “recobro de la belleza genuina” de nuestra tierra. Su propia obra queda así situada junto a la de los “pintores y los músicos que buscaron como pudieron la expresión vernácula, ora empleando elementos nativos, ora queriendo imponerla a la materia cosmopolita”. Desde su profundo apego al país sintió su universalidad, y así, no es menos argentino cuando escribe *El solterón* o *Los doce gozos* que al contar la *Historia de la Delfinas*; no es menos argentino cuando se asoma al misterio de *Las fuerzas extrañas* que cuando celebra al

mínimo chingolo. A veces poemas sin menciones locales consiguen un acercamiento más sensible a ciertos matices de nuestro pudor, de nuestra cursilería, de nuestra nostalgia, muy sutilmente expresados.

La pasión del arte y de la patria rige su vida. Con referencia al distinto papel que su propio tiempo reservaba al escritor, expresa en su *Historia de Sarmiento* (1911):

“¡Pues cosa extraña! Aquí donde siempre se consideró a los escritores como parias de la política, nunca hubo grandes resultados políticos que no tuvieran alguno por iniciador”.

Persigue la verdad. No quiere engañarse a sí mismo ni engañar a los demás. Vive con altiva despreocupación por su conveniencia. Como tantos otros escritores del Nuevo Mundo, Lugones recorre la honda experiencia del desarraigo y el regreso.

Su poesía busca lo irreprochable. Su prosa es, salvo algunos ejercicios, de elementos menos puros. Se vuelve sin cesar al lector, lo desafía y lo rodea. A veces una prosa hablada, agresiva, testimonio de una constante rebelión interior. En algunos relatos muy empapados de modernismo, envuelve al lector en arabescos de formas, colores y perfumes; sabe crear atmósferas pesadas, de suntuosidad oriental, y también sus atmósferas misteriosas tienen la sugestión milenaria de ritos, leyendas y secretos del Oriente. Otras aun, se reviste de la frialdad de la enunciatividad científica de la prepotencia sentenciosa. El signo estilístico de Lugones, tanto en la prosa como en la poesía, es la unidad de la variedad.

Nada aparece en Lugones del bohemio finisecular, aunque haya frecuentado cenáculos, peñas y redacciones. Individualmente no cede ante lo artificial ni rompe los cimientos de un orden interior muy recio. Su rebeldía intelectual y estética sólo expresa parcialmente una disconformidad de orden más profundo. Aunque sus ideas se modifiquen, no se altera su discrepancia permanente contra una monótona y cerrada vida circundante. Y por detrás de ellas susurran y subsisten algunos *leitmotiv*, algunos fantasmas, que reaparecen, consciente o subconscientemente, como reaparece un perfil, un corte de quijada o un color de ojos en los miembros de una larga familia, a través de las generaciones.

Las opiniones de este escritor empecinado jamás suscitan quietud ni asentimiento, de ahí que considerar a Lugones como expresión

unilateral de una parte de la sociedad importa profundo desconocimiento. Lugones siempre provoca una alteración. La Argentina no fue para él un tema literario, sino tormento personal. Aun en sus páginas de más justa armonía, arde su desazón, que es también y al mismo tiempo parte de su genio.

El joven rebelde que llega a la Buenos Aires finisecular armado de un dominio casi diabólico sobre la palabra, se cree dueño de un poder avasallante. Buenos Aires, la gran aventura vital y estética de sus primeros años, lo hace perder cohesión con su tierra y con su sangre, pero muy pronto, ya a partir de *La guerra gaucha* (1905), se vuelve al país, esa Argentina que le habla directamente con timbres de intimidad. Lo estremece el resplandor épico de la guerra por la Independencia en el norte y siente un hálito de eternidad en el sacrificio de esas gentes feroces en la defensa de la patria, arrastradas hasta la sombra por el carro del tiempo. Escucha, voz de la sangre, el frenesí remoto de hombres y bestias. En pleno auge de la novela realista, no narra una historia personal sino una hazaña comunitaria.

Ni siquiera individualiza a sus héroes pues aquella guerra —nos explica— “fue en verdad anónima como todas las grandes resistencias nacionales”, y eso lo obliga a silenciar los nombres de más de cien caudillos que allí guerrearon.

La estilización ambiciosa de *La guerra gaucha* lo enfrenta a un problema expresivo similar al que afrontará Ricardo Güiraldes años más tarde. Pide excusas al lector pues, dada la naturaleza del libro, deberá albergar algún nombre indígena, neologismos criollos o verbos formados por él “a falta de vocablo específico”. No ahoga su prosa en un forzado lenguaje gauchesco, pues quiere universalizar el tema criollo. Expresa sin retaceos su ambición estética: no cree que su asunto nacional “fuese obstáculo para tratarlo en castellano y con el estilo más elevado posible...”.

Otras veces encontraremos a Lugones recorriendo distintos caminos: la tentativa innovadora de *Lunario sentimental*; la revelación literaria de poderes insondables y caóticos, en *Las fuerzas extrañas* y *Cuentos fatales*. Pero tales experiencias no lo agotan. Baste contrastarlas con *Historia de Sarmiento*, *Elogio de Ameghino* y *El Payador*. Siempre surgen nuevas inquietudes de ese espíritu insatisfecho, curioso, lleno de frenesí mental, búsqueda de las revelaciones de la antigüedad clásica, desde *Las industrias de Atenas* hasta *Estudios helénicos*, discursos y artículos sobre temas políticos, sociales y de

ciencia, hasta a esa claridad de los *Romances del Río Seco*. Llegaba así para el poeta predestinado el día que le anunció tantos años atrás Rubén Darío: "Y entonces será el día en que su figura aparecerá total, absoluta, aureolada de su íntima luz". Desencadenado ya "de toda reminiscencia o sugestión, así sean éstas absolutamente involuntarias", se encontró a sí mismo.

Hay una línea que pone orden en la multiplicidad de su obra poética, y la misma dinámica interior que anima a toda su producción y a toda su vida. Su poesía es una prueba incesante, fluyente, sin íntima cohesión. Gran parte de ella no resiste la erosión del tiempo. Mas, tras una larga y afanosa prueba, encuentra en la tierra argentina, caudillos y santos, anécdotas y venturas nuestras... Después de hurgar en el idioma, de someterlo a las experiencias más diversas opulentas imágenes visuales, fuertes acordes, desenfado, pura invención verbal, concluye en los temas y romances americanos, poesía sin esa limitación provincial que marchita a las princesas y a los cisnes de *El crepúsculo del jardín*.

Cuesta a veces una vida hallar la inflexión propia, la íntima verdad. Quien acometió juvenilmente por aniquilar el orden social, preconizará un poder jerarquizado y fuerte; quien atacó a la Iglesia y al dogma, abandonará su nihilismo en muchos aspectos de índole religiosa, para acogerse a la fe; quien había rastreado con exaltación formas nuevas, perseguirá ahora el equilibrio clásico. La ansiedad y el arrebató se mitigan con una sensación de hallazgo y certidumbre. Asombra la penetración de Darío, quien reconoció en el joven brillante que leía sus revolucionarias estrofas en el ATENEO, "el alma de un gaucho". Darío lo había sorprendido muchas veces "con la vidalita en la boca", asomado a sus ojos el espíritu de Santos Vega, y llegó muy adentro en la índole de la rebeldía de Lugones. Sólo a luz de un ciclo que va desde *La guerra gaucha* a *Romances del Río Seco*, se confirmaría lo que pudo parecer a los lectores de 1896 una extravagancia de Darío, el que vio mejor los matices profundos de la rebeldía de Lugones:

"Sí, ese socialista, no por ahincado menos bisoño, que ha borrado del diccionario de su alma la palabra patria, ha sentido de cerca la influencia del pueblo suyo, y se me antoja que su socialismo, y su anarquismo, ha tenido por principio el amor a la poesía nativa desterrada y aniquilada por la invasión del mercantilismo burgués y la misión europea que ha

dado origen a una especie de falsa aristocracia enemiga, por no ser de origen tradicional y divino, de toda manifestación del intelecto".

Muchas veces me he detenido en esta página de Darío, en sus discretas reconvenciones, en sus avisos sobre la constante evolución que el tiempo impondrá a las ideas de Lugones, y, sobre todo, en la penetración del carácter épico de su genio literario. Reconocimiento, a la par, de su pujanza creadora y de una identificación que en aquellas horas de frenesí modernista pudo parecer desatinado: "¡Qué va a saber Lugones bailar gavotas!; pericón y gato sí, porque en él está también el alma del gaucho"

La poesía fue para Lugones un bien del ser, una vía para volver aprehensibles, a modo de revelación, las bellezas que nos circundan y que no sabemos contemplar. Así entendió en *El Payador* el fruto poético de nuestros viejos cantos anónimos. Y en ese modo de ser fiel a la sangre espiritual, en ese hondo despejo interior está más allá de sus variantes estilísticas y de sus desconcertantes cambios ideológicos, esa cualidad originaria, ese orden inmutable que acaba por imponerse al artista. Al ver a Lugones como un gaucho, Rubén Darío sorprendió una de las claves profundas de su destino y de su obra.

LA AVENTURA ESTETICA

Entre el comienzo de la centuria y 1930 hay un contraste hondo, casi patético. Un aura de alegría, que coincide con los años juveniles de Lugones, envuelve a los escritores del 1900. Tienen confianza y osadía. Manuel Ugarte evoca ese estado espiritual: "Nos desperábamos borrachos de optimismo, de juventud real". El contraste con el mundo surgido después de las dos guerras contemporáneas fue brutal. Aquel de los años juveniles parecía ficticio, casi una burla del recuerdo.

Con previsora sensatez, Lugones quiso huir de la solemnidad, trabajó por una cultura más verdadera que armonizara americanismo y europeísmo, en un ideal compartido por otros artistas y críticos de ese tiempo.

La situación de Lugones frente al país intelectual es muy parecida a la de Echeverría: crear una literatura. Es también, por supuesto, semejante o paralela a la de Ricardo Rojas. Cada tanto ha tenido que elevarse, en este país proclive al desvío, una voz echeverriana

que lo llame a la buena senda nacional. Cada vez se ha sentido la necesidad de *volver a crear* una literatura, como si nada nos apoyara las espaldas y estuviéramos en peligro de caer.

Algo así experimenta el joven poeta de *Las montañas del oro*. Entre los poetas argentinos del fin de siglo sólo se reconoce la influencia de Almafuerte y de Andrade; más tarde, explícitamente en *Historia de Sarmiento* (1911) no más de dos firmes antecedentes para nuestra literatura: Sarmiento en la prosa, Hernández en la poesía. A ambos quiere continuarlos y trascenderlos.

El artista genial está en su tiempo, pero simultáneamente se atemporaliza, por eso Lugones continúa otras líneas culturales: se acerca al barroco en *La guerra gaucha*, en su canto *Al Plata* está próximo al neoclásico Lavardén y todas las *Odas Seculares* responden a las mismas vivencias patrióticas y al mismo influjo latino que inspiró a los poetas de la Revolución.

Su obra se ciñe a una constante de las letras hispanoamericanas y responde también a esenciales motivaciones románticas —teluriano apego al país, fuerte individualismo, temática histórica... Pero esto no agota su imagen como poeta, pues en *Lunario sentimental* (1909), súbitamente, se sitúa en plena revolución ultraísta, antes que las escuelas de vanguardia levantasen sus pendones tras la guerra de 1914-18. Alfonso Reyes lo compara con el intelectual del Renacimiento, pero no advierte una diferencia básica: el del Renacimiento se deslumbra ante una nueva imagen del hombre y de la cultura, pero trabaja sobre un legado próximo y suyo que sólo se le ofrece con un sesgo distinto. Lugones, en cambio, desde la perspectiva hispanoamericana, opera sujeto a constantes e intrincadas tensiones que concitan los mismos contrarios que Sarmiento antes y Borges, Mallea o Martínez Estrada después: era el continuador de una vigorosa herencia europea pero al mismo tiempo un criollo de Santa María de Río Seco, ambas fuerzas tan suyas como distintas buscaban el punto de esa armoniosa coincidencia que cuaja en la gracia de sus *Romances del Río Seco*; era el artista único, ese que sólo nace cuando Dios quiere probar en los hombres la magnitud de su benevolencia, era ese instrumento sutil, ese stradivarius capaz del acorde único, y, también, la voz tribunicia, ciceroniana, echada a resonar contra los muros de una ciudad sin ágora; era el vate que en la oda descubría el sentido de la gloria y el poeta capaz de ceder su voz al intencionado decir del pueblo.

Es curioso que los dos libros poéticos de más cálida trabazón interna y de más potente originalidad, *Lunario* y *Romances del Río Seco*, están en puntos extremos y dispares hasta por los ideales estéticos que los sustentan, como por su idea de la poesía, su lengua y su técnica, tanto que, escritos por un solo hombre sustentan cada uno, por su decisiva gravitación, corrientes muy dispares de nuestra literatura contemporánea.

Toda su experiencia literaria muestra estas alternancias entre lo lírico y lo épico, entre lo artístico abstraído de referencias nacionales y la estilización original de temas argentinos. Por eso da esa impresión formidable de agotar la literatura e intranquiliza a los clasificadores. Su movilidad pasmosa, las posibilidades insólitas que descubre en el idioma, explican que fuese visto como un "espectáculo magnífico", según la expresión de Darío.

Siempre, en el caso de Lugones, se abría la expectativa de nuevos asombros para el lector: cuentos fantásticos, análisis de teorías científicas, estudios filológicos, traducciones de Homero, urticantes catilinares. Quien se llamó "doctor en nubes" descendía a la tierra, al dolor y al conflicto del hombre. Su signo es esta movilidad prodigiosa que, sin embargo, no lo convierte en un malabarista de palabras pues una seriedad esencial lo autovigila.

De esa diversidad surge su unidad, como son infinitas y variadas las irisaciones que tiemblan en el ala sutil de una mariposa o en la fragilidad de la flor. Porque está en la condición de todo lo bello la desconcertante trabazón de infinitas notas concertadas de irreiterable manera.

Así como los arqueólogos revelan las edades y variantes de una cultura en forma minuciosa, los exégetas de Lugones han referido su evolución a distintas y sucesivas influencias literarias. Aunque haya unidad esencial entre diversos ensayos, su estilo sufre pruebas y alteraciones constantes, los modelos excitan su propia invención o amplía el vuelo lírico, pero no lo ayudan a forjar un lenguaje suyo, de una particularizada tensión. A veces es demasiado evidente la contribución del modelo al desarrollo de su propio poema.

Su obra es renovadora, rebelde, incitativa, aun mostrando la versión racional de elementos librescos. Pero Lugones siempre está ahí para dominar, transformar, y superar la contribución ajena. En algunas composiciones de sus primeros libros se mira en el empañador

espejo del narcisismo, no muestra su intimidad, la inventa irónicamente. Quiere innovar el lenguaje, expresar a su época, no a sí mismo. Quiere transmutar la poesía y esa voluntad vuelve artificiosos, forzados, convencionales algunos poemas porque ahoga la expresión individual del poeta. Sugiere la desesperada búsqueda de una voz nueva y clásica a la vez bajo la presencia de una aguda conciencia artística y de una creciente insatisfacción.

Burlando los dictados de la voluntad, temblores sutiles de lo íntimo —preocupaciones, terrores ansias, recuerdos, preferencias— asoman aquí y allá a lo largo de las obras más disímiles de Lugones. Esos atisbos son los que urden y sostienen la unidad profunda de su obra. Rastrearlos es tarea apasionante. Se los ve aparecer y huir, alejarse, volver, hasta que por fin hay un par de voces que dominan el coro y se manifiestan poderosas y definitivas.

Si en sus primeros libros es posible encontrar actitudes desdeñosas, exaltadas e irónicas, en los últimos, conforme a su nueva actitud frente al mundo, prevalece la humanidad. La innovación desafiante, el contraste inesperado, la burlona versión de lo cotidiano, el depurado rigor formal desembocan en una nueva forma sencilla, directa, espontánea, sin nada ostentoso. (Estamos hablando de líneas generales, no de la desaparición completa de cualidades que son, como queda advertido, constantes profundas y que nacen, perduran y mueren con la poesía lugoniana).

El nuevo elemento es la copla anónima, recibida de la voz viva del pueblo, adoptada por la originalidad del poeta creador, reelaborada, que confiere un estilo, una gracia y un espíritu nuevos en su constante migración del pueblo al poeta y del poeta al pueblo. El roce del tiempo ha desgastado los escritos de Lugones, sobre todo aquellos de menos autenticidad poética y los que hizo devorado por la pasión política, pero es muy difícil que erosione el primitivo, perdurable encanto de esta última inspiración.

La vieja lengua castellana encontró un domador prodigioso. Mágica alquimia la de este mago, capaz del tono suave y crepuscular y de la voz imperativa y áspera de la oda y del rosario, del apóstrofe severo y de la tierna confidencia. Lugones expresa y da cohesión a una época. Continúa, renovándola, una tradición literaria argentina que siempre se resuelve a través de una síntesis original.

Como el romanticismo, el movimiento modernista tiene dos fases,

una de asimilación y cambio formal que parece desligarse de la experiencia y otra atenta a la revelación de lo nativo con el alma puesta en las remotas impresiones de la niñez y en el recuerdo de tradiciones y hazañas que recibió en la frescura del saber oral. Su caso es semejante al de César Vallejo y su evolución desde *Los heraldos* (1918), —influido por Lugones y Herrera y Reissig— hasta la lengua sencilla de su poesía última, tan próxima al habla de los campesinos peruanos.

En esos romances del Río Seco compuestos en el verso de los viejos “cielitos” patrióticos, Lugones encuentra *su voz*, pero también *la voz*, esa que le hablaba —alma y sangre de su tierra— a través de las gentes sencillas, del esquivo paisaje serrano, y le traía en el tono menor del afecto, las memorias de “allá lejos y hace tiempo...”.